

alcarreños y vallesoletanos, sino de cuantos habitantes del globo les confien su salud, sean feos ó hermosos. 4.^a Los mercaderes piden el retrato de Dulcinea, cuya belleza desean conocer, y el inexorable caballero lo niega: aquí todo sucede al revés; yo voy á poner á la vista de los DD. el cuadro al natural de la homeopatía, con todas sus gracias y atractivos, para que contemplen su hermosura verdaderamente sin par: y ellos cerraran los ojos. 5.^a Los mercaderes, querian examinar el mérito de la ponderada belleza. Los DD. condenan y rechazan sin exámen la homeopatía tan conocida de ellos, como Dulcinea de aquellos otros. 6.^a Cuando los comerciantes no estaban obligados á conocer aquella muger, los médicos están en la gravísima obligacion de no desconocer doctrina alguna médica. ¿Dónde está pues la analogía, que salve la irracionalidad de la alusion? ¿Dónde el lazo de union armónica, que una estos dos hechos? Menester es renunciar al buen sentido, para ofrecer como semejantes dos acontecimientos tan diferentes, que muestran, que el que lo intentó, obraba de memoria, abdicando el entendimiento y la razon. Pues bien: la falta de esta, es locura; la del entendimiento, estupidez.

He dicho, y es seguro, que los tales DD. se hallan tan familiarizados con la homeopatía, como los mercaderes de Cervantes con la dama Tobosina, aunque en su hoja volante hayan estampado: *Las doctrinas de Hahnemann, hace algunos años que son estudiadas y puestas á*

la piedra de toque de la esperiencia, por algunos facultativos individuos de la academia médica, la que se ha ocupado de este asunto, con la imparcialidad necesaria á su representacion, como consta de sus actas etc., porque toda esta fanfarronada no es mas que una ficcion, con que engañar al que lea lo rayado. De las actas á que se refiere, si no son fraguadas con el mismo objeto, deberá constar que hace dos años, que de la seccion médica de la direccion general de Estudios, tuvo la academia orden de someter á la esperiencia la doctrina de Hahnemann, y dar cuenta de los resultados: pero hallándose la academia en la mas completa falta de conocimiento de aquella doctrina, trasfirió el desempeño de su comision, al catedrático de medicina clinica, que por estar en igual caso, la delegó en algunos de sus discípulos, que casualmente habian leído algunos escritos míos de homeopatía: mas como esto no fuese bastante para el buen resultado, no lo hubo en el primero y único experimento practicado en esta ciudad, á mitad de enero de este año; sin que antes ni despues de dicha época, se haya repetido otro hecho práctico de homeopatía, fuera de los que yo he ejecutado en el mes de febrero último.

Cuales sean los conocimientos homeopáticos de la academia, fácil será deducirlo de la invitacion insertada al principio de este manifesto, en que se lee, *y no poseyendo los medios para instruirse en la citada doctrina, no duda conse-*

guir del loable celo, por el honor y progresos de la ciencia que noblemente á V. anima, se sirva comunicarnos sus luces homeopáticas, y comprobar en esta universidad etc. Júntese esta cláusula con la bocanada de la hoja volante copiada poco mas arriba, y se verá la contraposición de aseveraciones que presenta: véase tambien qué crédito debe darse á las aseveraciones académicas, y pasemos al análisis del único caso práctico homeopático ocurrido en esta ciudad, bajo la dirección ya dicha. El hecho en cuestion, es respecto á su homeopaticidad, un *titulus sine re*, pues se reduce á la administración de una dosis crecida de tintura de cantáridas sin dinamizar; á un enfermo de la seccion de clínica, que entre otros síntomas de los que formaban el grupo representante de su estado morbosos, era molestado del síntoma llamado *Iscuria*, que fué el único á que se atendió para la eleccion del medicamento, despreciando todos los demas.

Proceder nada conforme á los preceptos de Hahnemann, pues aunque presenta á primera vista alguna apariencia homeopática, esta desaparece delante de la consideracion, de que si la tintura de cantáridas produce en el hombre sano aquel efecto, hay otras muchas sustancias que tambien lo provocan, y es indispensable elegir la que entre todas estas conviene mas en la semejanza de sus efectos primitivos, producidos sobre el hombre sano, no solo con todos los síntomas de la enfermedad que se intenta curar, sino tambien con el

modo que estos tengan de manifestarse respecto á la época y circunstancias de su aparición, desarrollo, aumento, disminucion, suspension, desaparicion etc.; si los síntomas de la enfermedad natural se agravan por la mañana, y se mitigan por la tarde, ó al revés, es necesario que con los síntomas patogenéticos del medicamento suceda lo mismo; debiéndose al efecto indagar con el mayor cuidado y sagacidad, si el enfermo se halla mejor en quietud ó en movimiento, antes ó despues de tomar el alimento; echado, sentado ú de pié; en la cama ó fuera de ella, al aire libre, ó de la habitacion; si los dolores ú otras molestias se agravan, ó al contrario, se alivian, se suspenden, ó cesan del todo, por la presion sobre la parte afecta, ó cambiando de postura, etc. etc. A mas de cuadrar así el medicamento en cuanto á la naturaleza, hora y circunstancias de los síntomas morbosos naturales, debe tambien estar en exacta armonia con las influencias de la causa ocasional morbosa, de la edad, sexo, constitucion individual, ocupacion del enfermo, posicion social del mismo, y cambios que en su moral haya la enfermedad provocado.

Una vez hallado el medicamento, que tenga la virtualidad de hacer nacer en el hombre sano un estado patogenético *sui generis*, que armonice con el estado morbosos natural tan completamente como queda dicho, la curacion de la enfermedad natural se obra necesariamente de un modo directo, pronto, suave y permanente, por medio de

la administracion de un átomo de la sustancia medicinal educada homeopáticamente.

Esto consiste, en que no siendo la enfermedad otra cosa, que un estado de desarmonía de la vida comunicada al organismo, y siendo los síntomas de la enfermedad, los conatos que la fuerza vital ejecuta para recobrar el estado normal, y restablecer el equilibrio de los movimientos orgánicos, la sustancia medicinal administrada homeopáticamente, obrando con preferencia, y con mayor intension sobre las partes mas enfermas, con quienes se halla en mayor afinidad patogenética, y por consiguiente, accionando en el mismo sentido que los síntomas ó esfuerzos convergentes del organismo, se une á ellos, y viene en su auxilio, ayudándoles á repeler la agresion morbosa, y restablecer el equilibrio de la vida accidentalmente perdido, ó sea la salud. Por lo mismo que la medicacion homeopática, vibra la misma cuerda que los síntomas ó esfuerzos de la vida, exige dosis tan diminutas, pues se percibe claro, que las enormes de la alopátia, en tal caso producirian un aumento ú agravacion de síntomas proporcional á su masa, que harian las mas veces sucumbir bajo su accion al organismo mas fuerte y vigoroso.

Todas estas circunstancias, y otras muchas que seria largo enumerar, hacen la homeopatía tan racional y segura, como embarazosa y difícil de practicar para los avezados á ella, y solo ofrece facilidad á los que la desconocen. Esto mis-

mo hace las esperiencias homeopáticas, impracticables para los últimos, aun cuando á un grande talento reunan bastante aplicacion. De esta verdad, ofrece una prueba el sábio Andral, á quien algun homeópata le nota las imperfecciones, que ha cometido en las esperiencias homeopáticas, hechas por comision de la escuela de medicina de París, para servir de base á sus decisiones médicas reglamentarias, con la circunstancia de probar dicha inesactitud, por la relacion misma circunstanciada de este hombre eminente, con que dá cuenta de los procedimientos y resultados del desempeño de su comision al cuerpo comitente.

Andral es quizá la primera notabilidad médica alopática hoy dia: nadie osará disputarle su mérito colosal: se halla á más bien enterado de la teoría homeopática, y á pesar de tantas brillantes recomendaciones, sus esperimentos sobre esta doctrina, adolecen de imperfeccion por falta de hábito á ellos: sin embargo, á su perspicacia científica no han podido ocultarse ciertas verdades, que con la buena fé que le es propia, consigna en las siguientes frases: *Creemos que esta es una mira (el tratamiento homeopático) que se halla apoyada por hechos incontestables, y que por las mismas consecuencias que de ellos pueden resultar merece á lo menos la atencion de los observadores. Repitanse pues estas esperiencias, y es seguro que se producirán hechos igualmente auténticos: medite estos un espíritu vigoroso, que los compare despues de bien examinados por*

todos lados. ¡Quién sabe las consecuencias que de aquí saldrán!... Confesion ingénuo y de mucho valor, por haber salido de la boca de un alópata, á quien justamente respeta y admira el orbe médico. A vista de esto, fácil será ya calcular cuán poco satisfecho debe quedar el celo del supremo gobierno médico español, con las noticias y resultados que le pueden presentar las comisiones experimentales, encargadas á sugetos y á corporaciones aun las mas ilustradas, si carecen de práctica en este género de ocupaciones.

Al fin de la hoja volante de la academia, se hallan dos pequeñas notas que forman todo el inventario médico, que de tal escrito aparece. Dice la primera: «El método homeopático, se sirve de remedios que escitan *efectos semejantes* á los síntomas de la enfermedad que se intenta curar, pero su administracion ha de ser en cantidades tan pequeñas, que se consideran dosis muy apreciables, un millonésimo, billonésimo, y aun un trillonésimo de grano.» La primera parte de esta nota, contiene una definicion de la homeopatía, de tal exactitud y precision, que conviene á esta doctrina lo mismo ni mas ni menos que á la de la otra escuela, porque ambas usan de medicamentos que produzcan *efectos semejantes* á los síntomas de la enfermedad que se intenta curar. La diferencia está en que la una echa mano de medicamentos, cuyos *efectos primitivos ó de accion* provocados en el hombre que goza salud, sean *semejantes* á los síntomas de la enfermedad;

mientras la otra busca esta semejanza en los *efectos secundarios ó de reaccion* del organismo contra el medicamento administrado. Si hubiera dicho: el método homeopático requiere la administracion de un medicamento, que sea el emblema fiel del movimiento orgánico desordenado que constituye la enfermedad que se propone curar; ó hubiera dicho: el método homeopático se sirve de medicamentos aptos para producir sobre el organismo *efectos patogenéticos*, semejantes á los síntomas ó manifestaciones del mal que se tiene á la vista, ó aptos para producir una enfermedad artificial *semejante* á la natural que se pretende destruir; esto ya fuera exacto, y daría márgen á pensar que lo habia notado algun médico iniciado en homeopatía.

Lo restante de esta primera nota, muestra bien que su autor no ha abierto siquiera la farmacopea homeopática de Harthman, única que se halla venal en nuestra España y nuestro idioma, pues de lo contrario, no nos presentaría como el *máximum* de la divisibilidad medicamentosa homeopática, lo que precisamente es el *mínimum*, segun se debe inferir de *aquel, aun al trillonésimo de grano*. Una ligera ojeada á dicha obrita, que es muy poco voluminosa, hubiera libertado al autor de la nota de incurrir en la falta de meterse á impugnar cuestiones, que ni aun siquiera ha leído. Este pequeño trabajo le hubiera hecho patente, que la citada obrita contiene treinta y un preparados homeopáticos, que

se administran por bajo del trillonésimo; doce aun al trillonésimo de grano; sesenta y nueve no mas que hasta el decillonésimo; todos los restantes se hallan entre el trillonésimo y decillonésimo grado de divisibilidad, y aun Hahnemann y otros sábios prácticos de la homeopatía, aseguran que se puede llevar dicha atenuacion hasta mas allá del trigintillonésimo grado, sin que la sustancia medicinal asi educada deje de manifestar su actividad medicamentosa. El contenido pues de dicha nota, agregado al procedimiento homeopático experimental de la academia, y á la frase de la invitacion citada arriba, nos proporcionan la medida fiel de la veracidad académica relativa á esta asercion. *Las doctrinas de Hahnemann, hace algunos años que son estudiadas y puestas á la piedra de toque de la esperiencia, por algunos facultativos individuos de la academia médica etc.* El charlatan menos pudoroso, mas pedante y embaucador, ¿pudiera esceder este comportamiento? Pues sin embargo, quien asi se conduce, me cuelga el dije de la charlataneria, sin otro motivo que el resistirme yo á sostener un egercicio literario inquisitorial, por los motivos que van manifestados: me compara á un *maestro de esgrima en asalto* de una plaza pública; á un *charlatan que publica sus pretendidos secretos en las plazas y sitios concurridos*; me dice, que *la medicina tiene su templo donde se aclaran los puntos controvertibles*. Por eso me fui derecho á

él, y se me negó la entrada. Si, por eso tube que buscar otro local, reputado por la academia poco á propósito para cuestiones semejantes, tratadas bajo la presidencia de la autoridad protectora de las ciencias, que señaló el destinado á sesiones de una asociacion de piedad cristiana, ya que ni la universidad, ni la academia lo concedieron; mucho menos á propósito deberá parecer para tales actos un café, una casa de juego del monte, ú otro garito semejante de un pueblo, donde se estaba actualmente celebrando una de las mas concurridas ferias de la nacion, y sin embargo, aquellos sitios fueron el *templo donde se aclararon los puntos controvertibles de la ciencia médica*, que se contemplaba decaida de su dignidad en el salon de las Angustias: en aquellos sitios no habia mas persona competente para juzgar la cuestion, mas médico ni mas doctor, que el que estaba esparciendo doctrinas, y apuntando el juego al mismo tiempo, y bastante despues de haberse estampado en la hoja volante; *por lo mismo, no deben ser sus cuestiones* (las de medicina) *objeto de entretenimiento para la curiosidad pública*. Hablar contra lo que se obra, ú obrar contra lo que se habla, es la divisa de la charlataneria y la mala fé: por estas señas será fácil hallar su habitacion.

El aviso á los amigos y enemigos de la homeopatía (reproduzco íntegra como hice con la primera, la segunda y última nota) *que dió á luz el médico Coll, hace poco mas de un año,*

es un tegido de denuestos contra la ciencia, y de improperios á todos los médicos de todos los tiempos, de todas las escuelas, y de todos los países. Así lo afirma el folliculario, y lo prueba nada mas ni menos que de autoridad propia, cuyo valor ya hemos visto. Los pasages que mas han debido alborotarle, son tomados de escritores bien acreditados y bien leídos de médicos estudiosos, y á mí no se me debe hacer responsable de la aragandería y desaplicacion de mi crítico, á quien sin embargo ofrezco presentarle registrados los lugares de las obras clásicas, donde verá espresados aquellos mismos pensamientos, y opiniones que me imputa y que le inquietan. Por lo demas, la obrita que se me critica, es una série de hechos tan evidenciados, que nadie me contradirá, seguidos de sus corolarios mas obligados, y á mí me ha parecido mejor este proceder lógico, que el seguido por mi crítico de hablar *ad libitum*, sin mas razon ni pruebas que la de *yo lo digo*. En cuanto á la terminología, opino que para que se comprenda bien cualquiera cosa, conviene llamarla por su nombre y como vulgarmente se dice; al pan, pan, al vino, vino, y al pícaro mal hombre. Es pues infundado el reproche que se me dirige por los noteros, y mucho mas considerando que al reformar una ciencia tan importante como la de conservar la vida de los hombres, no cabe disimular los errores, sino al contrario, darlos á conocer para que en lo sucesivo puedan evitarse.

Si la historia de la medicina presenta tantos vacíos, ¿qué extraño será que muchos génius sublimes, se lastimen á menudo de esta falta, y quieran remediarla? Yo no he sido mas que el eco del voto de los deseos á que ha dado cumplimiento el inmortal Hahnemann, presentando en sus doctrinas la reforma de la ciencia médica toda entera y racional. Esta doctrina, hecha general con su clara luz, disipará todas las tinieblas alopáticas; y el arte conservador de la vida de los hombres, de incierto y conjetural que es, se elevará al rango de las ciencias exactas: y poniendo bajo el dominio del médico la curacion de todas las enfermedades, de un modo seguro, siempre el mismo, sujeto á demostracion con evidencia semejante á la jeométrica, hará que abunden los felices resultados curativos que ahora tanto escasean, y por consiguiente, que la medicina cese de ser el objeto de la sátira y de la risa vulgar.

Desechada largo tiempo como una ilusion pasajera la homeopatía, por hallarse los sorprendentes hechos que proclama (cual sucede á todo descubrimiento inesperado) fuera del círculo de los conocimientos de la época, adquiere cada dia mayor consistencia, multiplica sus resultados, y los consigna en muchos periódicos homeopáticos de las principales capitales del mundo. Cuenta acérrimos apasionados entre los sábios de Ungría, de Polonia, de Rusia, de Bohemia, de Austria, de Suiza, de Baviera, etc. En Filadelfia, en

Roma, en Nápoles, en Sicilia, en Ginebra etc. se halla practicada con el mejor éxito. En la última sesión de las cámaras de Carlsruhe, los diputados del gran ducado de Baden, han adoptado unánimemente la proposición de crear una cátedra de terapéutica homeopática en cada universidad, y de no admitir al grado de Dr. en medicina, sin el requisito de tener el aspirante los conocimientos necesarios en homeopatía. En Leon de Francia, se ha reunido un congreso muy numeroso de médicos homeópatas convocados de las provincias y ciudades inmediatas de Grenoble, de Piamonte, de la Suiza, de Ginebra, de Colmar, de Moulouse etc. Se tuvieron las primeras sesiones en los días 6, 7 y 8 de setiembre de 1833, se pronunciaron brillantes discursos, y se establecieron las bases de una sociedad homeopática, al modo de las que hay en Alemania. (Gueirard, Exam. de la homeopatía.)

En París, el Dr. Leon Simon, está ya hace algunos años desempeñando una cátedra pública de homeopatía, á la que diariamente concurren quinientos ó seiscientos médicos, muchos de entre ellos, de crédito bien antiguo en aquella capital, que despues de oida cada lección oral, proponen sus dudas y objeciones sobre la materia en cuestión, y reciben acto continuo la respuesta á unas y otras. De este laboratorio de la ciencia homeopática, y otros muchos de su especie esparcidos por el orbe, salen á menudo numerosos san Pablos convertidos en ardientes y celosos apóstoles

de la homeopatía, de acérrimos perseguidores de ella que antes eran.

Así es, que por todas partes abundan médicos del mas brillante renombre literario, desencañados por una larga práctica de la influencia de su arte incierto, hombres de la mas alta capacidad, que lejos de suponer límites posibles á la ciencia, no han desdeñado confesar con el mismo Hahnemann, que ayer ignoraban lo que hoy saben, y guiados de una imparcial observación, han emprendido con valor (algunos en edad ya demasiado avanzada) una série ilimitada de nuevos estudios, (Gueirard loc. cit.) Uno de ellos es el grande Broussais, el génio que desterró el incendiario Brounismo, y la ominosa ontología médica. Este hombre, pues, respetable por tantos y tan grandes títulos, es quien hace ya algunos años dijo: «Que l'on peut encore *mieux* faire en medecine, que l'on n' á fait jusqu' á ce jour, et qui il conseille chercher ce *mieux* dans la méthode de Hahnemann, que lui-meme á expérimentée et experimente encore avec succes.»

Aquí tiene pues la academia médica-quirúrgica de Valladolid, un modelo de candor, de buena fé y de grandeza de alma, que debiera haber imitado. Toda la aversión de este cuerpo literario á la homeopatía, proviene de un punto de honor mal entendido. Le parece indecoroso renunciar á las creencias que le han alimentado desde su infancia médica. Tiene por muy repugnante, duro y aun ignominioso, meterse de nuevo

á estudiante con barbas y borlas, sin considerar, que distando mucho de igualar en mérito á Broussais, nunca pareció este mas grande y elevado, que cuando creador de un sistema generalmente adoptado por el orbe médico, se confiesa inferior al otro doctrinario alemán, y abraza, sigue y recomienda el dogma homeopático.

El cuerpo, pues, regulador de la ciencia médica de Castilla la Vieja, en pos de las huéllas trazadas por este hombre colosal en el saber, por deber y por obsequio á la humanidad, debía ilustrarse en la doctrina del anciano de Coethen, anteponiendo el deseo de saber á quiméricas preocupaciones; y unir sus esfuerzos á los que fueran fruto de la esperiencia mas atinada de tantos médicos, que con ánimo sereno propenden á remover los obstáculos que se presentan á la propagacion de una doctrina médica tan racional y beneficosa. España, sí, nuestra patria, cuna de la libertad, donde el génio ha difundido los conocimientos, es hoy día la nacion mas á propósito para figurar en los fastos de la historia, tanto en la ciencia de curar, como ya lo hace por sus progresos respecto á las otras. La discusion pública fijaria la certeza, consignaria la evidencia y exactitud de la homeopatía, ó la postergaria. España no debe perder la esperanza de lograr este bien, tiene un Gobierno benéfico y libre; posee una facultad sin límites para publicar, estender y propagar sus pensamientos, y abraza en su seno hombres científicos en medi-

cina, que animados tambien de valor personal, sin temor á las amenazas, sabrán darla aquel ensanche que la filosofia del siglo reclama, y esto á pesar de cuantos esfuerzos en contrario haga la academia médica de Valladolid. Mengua y aun baldon seria, que nuestra nacion careciera de la belleza, de la verdad y exactitud de la homeopatía, de su conveniencia y utilidad, abjurando de sus benéficos resultados, cuando entre los musulmanes de Constantinopla, en las márgenes del Surinan, en la bárbara Africa, en las Américas, bajo la proteccion de Mehemet-Ali en el Egipto, se está ensayando y practicando con ardor y asombro por sus grandiosos efectos, cuando esa sábia Francia, digna de ser imitada levanta estatuas en homenaje de Hahnemann (1), para perpetuar la memoria del hombre que mas servicios ha dispensado á la humanidad. Secundar estos hechos, dechados del saber y de la esperiencia, es un deber no solo del Gobierno en la

(1) Hallándose Samuel Hahnemann en París el 19 de febrero de 1838, una comision formada de MM. los DD. Davet, Molin y Leon Simon, llevando este último la palabra á nombre de todos los homeópatas, y amigos de Hahnemann existentes á la sazón en aquella capital, le presentó una corona de bronce dorado, en cuyo adorno se hallaban inscritos los nombres de los médicos homeópatas de París y de Suiza, que mas habian contribuido á la propagacion de la homeopatía. Dicha corona, cuya presentacion fué acompañada de un elocuente discurso en honor del héroe de la medicina, y en la que se ostentaban los motivos

esfera de su poder, sino tambien de todo profesor de medicina. Por mi parte, correspondiendo al que sobre mí gravita, hasta donde alcance el círculo de mis limitados conocimientos, sin temor ni miedo á mis declarados enemigos, he de contribuir al triunfo de la verdad, evidencia y exactitud de la doctrina homeopática, con cuyo objeto he fijado mi residencia permanente en Valladolid, seguro de que la homeopatía ha de dar las bases sólidas y estables, que aseguren para siempre jamás y hagan certera la práctica de la medicina. Entonces las corporaciones que en fiel desempeño de su mision sean las primeras en abrazar y propagar la homeopatía, (pues su descubrimiento forma época y pertenece ya á la historia), convencidas de su verdad y utilidad, ocuparán un lugar honroso y distinguido en los fastos de la medicina española; así como merecerán un título denigrante, las que permanec-

de su gloria póstuma, fué de las sienas de este trasladada á la cabeza de una estátua de mármol, obra del acreditado cincel de Mr. David, consagrada á Hahnemann, en recompensa de sus grandes servicios á la humanidad. Así el discurso, como lo demás de acto tan glorioso para aquel anciano respetable, le causó una viva emoción, inspirándole una breve y muy interesante respuesta. Finalizando esta ovación con el cántico en celebridad de los descubrimientos del héroe médico en una oda italiana que leyó el Dr. Sinibaldi de Roma, y varias estancias en verso francés, que tambien leyó Mr. Briouse afecto á la homeopatía. (Archivos de medicina homeopática, série segunda, tomo 7.º París marzo de 1838).

ciendo en la pereza é insensibilidad, perpetuando la ruina de la humanidad doliente, sean dignas de la pública execración. Valladolid 6 de abril de 1840.—*J. Sebastian Coll.*

DISCURSO DEL DIPUTADO WOLFF.

El Gobierno de Hesse, atendiendo á los deseos de las dos cámaras, que por sí mismas no habian sido mas que los intérpretes de una fraccion notable de la poblacion del gran ducado, decretó el 5 de octubre de 1833, que los médicos homeópatas gozasen en adelante del derecho de dispensar por sí mismos sus medicamentos.

A principios del año de 1839, se esparció la noticia entre el pueblo de que se trataba de revocar este decreto.

Inmediatamente el diputado Wolff, puso en la mesa de la segunda cámara una proposicion, en la que pedia el sostenimiento del decreto de 1833, y pronunció con este motivo, un discurso que creemos deber dar á conocer, y es como sigue.

Señores:

Si las manifestaciones en que voy á entrar, salen quizá de los límites acostumbrados, aunque sin embargo me lisongo, que no cansarán vuestra atencion, estad persuadidos que mi conviccion depende únicamente de la alta importancia del objeto, y del interés siempre creciente que me inspira hace muchos años.

Los motivos de esta proposicion, parece que